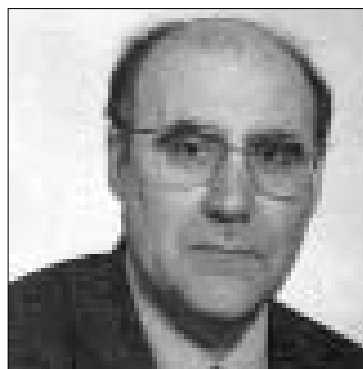

 NOVELISTAS ESPAÑOLES DEL SIGLO XX (XV)

Miguel Espinosa

La obra de Miguel Espinosa Gironés (Caravaca 1926-Murcia 1982) ha sido un acontecimiento de rara originalidad en la narrativa española de la segunda mitad del siglo XX. Su distanciamiento de la sociedad literaria durante sus años de formación, la tardía aparición de la novela que lo dio a conocer, *Escuela de mandarines* (1974), y su temprana muerte han acuñado la imagen de un escritor secreto, de culto reservado y recepción póstuma, tan estimado por la crítica como distante del gran público. Hombre de gran curiosidad, en contraste con su escasa vocación viajera, campó por la vida provinciana con aliento universalizador. Largos años de trabajo recatado dieron cuerpo a una obra literaria de concepción filosófica y clasicismo formal, marcada por su marginalidad editorial y por un selectivo reconocimiento en los años de la transición democrática.

La pérdida del padre (1943), apenas traspuesta la adolescencia, trocó un «porvenir» presumiblemente acomodado por un «destino» intelectual azaroso. Sus biógrafos no han precisado todavía en qué momento de su formación y bajo qué influencias el joven Espinosa decidió profesar la firmeza ética racionalista que lo define como escritor y como persona –rarezas del talento– hasta extremos inconvenientes para sus intereses. El caso es que decidió ser fiel a su pensamiento y re-



Cecilio Alonso (Alicante, 1941) es profesor de Literatura española en el Centro de la UNED Alzira-Valencia «F. Tomás y Valiente». Autor de *Literatura y poder*, *Vida y obra de M. Ciges Aparicio*, e *Intelectuales en crisis. Pío Baroja, militante radical*. Hay reseñas y artículos suyos sobre Miguel Espinosa en *Camp de l'Arpa*, *Quimera* y *España Contemporánea*, entre otras revistas.

* BAJO la rúbrica de «Ensayo», el Boletín Informativo de la Fundación Juan March publica cada mes la colaboración original y exclusiva de un especialista sobre un aspecto de un tema general. Anteriormente fueron objeto de estos ensayos temas relativos a Ciencia, →

velar las asechanzas del Mundo (que en aquellos tiempos era decididamente franquista y significaba el Mal).

Su experiencia universitaria fue insatisfactoria y alentó su inconformismo. De su hostilidad crítica contra la institución académica, donde sólo veía sumisión y privilegio, surgió la primera idea de *Escuela de Mandarines*, que comenzó a componer bajo el título de *Historia del Eremita*, hacia 1954, poco antes de conocer a Mercedes Rodríguez García, estudiante de química, cuya duradera amistad le inspiró fecundas transfiguraciones literarias a lo largo de su obra. Años antes había contraído matrimonio, y el crecimiento de las responsabilidades familiares agravó su penuria económica. Cuando, por fin, en 1956, obtuvo la licenciatura en Derecho, se le rechazó un proyecto de tesis doctoral por su resistencia a someterse al sistema científico de notas y referencias bibliográficas. Pensaba entonces Espinosa que teorizar era actitud intelectual propia de la juventud, por lo que decidió ejercitarse pronto en el ensayo histórico-filosófico. Su libro *Reflexiones sobre Norte América –o Las grandes etapas de la historia americana*, título de la 1ª edición (Madrid, 1957)– representa en su bibliografía esta fase inicial de su obra donde desarrolla su idea de la Historia como proceso de acontecimientos que da plena indeterminación al vacío del tiempo, generando una creatividad no siempre prevista por la biología. Este concepto trascendente del acontecimiento como categorización social de lo humano, abierto a todas las posibilidades, le permite identificar estética y libertad. De ésta deriva una facultad mis-

→

Lenguaje, Arte, Historia, Prensa, Biología, Psicología, Energía, Europa, Literatura, Cultura en las Autonomías, Ciencia moderna: pioneros españoles, Teatro español contemporáneo, La música en España, hoy, La lengua española, hoy, Cambios políticos y sociales en Europa, La filosofía, hoy y Economía de nuestro tiempo. 'Novelistas españoles del siglo XX' es el título de la serie que se ofrece actualmente. En números anteriores se han publicado los ensayos *Luis Martín Santos*, por Alfonso Rey, catedrático de Literatura española de la Universidad de Santiago de Compostela (febrero 2002); *Wenceslao Fernández Flórez*, por Fidel López Criado, profesor titular de Literatura española en la Universidad de La Coruña (marzo 2002); *Benjamín Jarnés*, por Domingo Ródenas de Moya, profesor de Literatura española y de Tradición Europea en la Universidad Pompeu Fabra, de Barcelona (abril 2002); *Juan Marsé*, por José-Carlos Mainier, catedrático de Literatura española en la Universidad de Zaragoza (mayo 2002); *Miguel de Unamuno*, por Ricardo Senabre, catedrático de Teoría de la Literatura en la Universidad de Salamanca (junio-julio 2002); *Gabriel Miró*, por Miguel Ángel Lozano Marco, profesor de Literatura española en la Universidad de Alicante (agosto-septiembre 2002); *Vicente Blasco Ibáñez*, por Joan Oleza, catedrático de Literatura española en la Universidad de Valencia (octubre 2002); *Eduardo Mendoza*, por Joaquín Marco, catedrático de Literatura española en la Universidad de Barcelona (noviembre 2002); *Ignacio Aldecoa*, por Juan Rodríguez, profesor titular de Literatura española de la Universidad Autónoma de Barcelona (diciembre 2002); *Max Aub*, por Manuel Aznar Soler, catedrático de Literatura española en la Universidad Autónoma de Barcelona (enero 2003); *Luis Mateo Díez*, por Fernando Valls, profesor de Literatura española contemporánea en la Universidad Autónoma de Barcelona (febrero 2003); *Ramón Pérez de Ayala*, por Dolores Albiac, profesora de Literatura española en la Universidad de Zaragoza (marzo 2003); *Rafael Sánchez Ferlosio*, por Jordi Gracia, profesor de Literatura española en la Universidad de Barcelona (abril 2003); y *Camilo José Cela*, por Darío Villanueva, catedrático de Teoría de la literatura y Literatura comparada de la Universidad de Santiago de Compostela (mayo 2003). Todos ellos pueden consultarse en Internet: www.march.es

La Fundación Juan March no se identifica necesariamente con las opiniones expresadas por los autores de estos Ensayos.

MIGUEL ESPINOSA

teriosa –llámese Espíritu, o voluntad moral– capaz de oponerse al Mundo, al envanecimiento del poder y del dinero, sentidos como males. Tal principio idealista ordenador prevalece a lo largo de toda su obra.

Aquel primer libro le permitió relacionarse amistosamente con personalidades académicas tan dispares como Aranguren, Tierno Galván y Fraga Iribarne, quienes le brindaron apoyo en diversas circunstancias de su vida. Tras un breve período de residencia en Madrid, a principios de los sesenta, regresó a Murcia dedicándose a actividades de importación y exportación, que le permitieron entregarse a la escritura con regularidad. Falleció repentinamente el 1 de abril de 1982.

Miguel Espinosa sólo llegó a publicar en vida dos libros narrativos: *Los nuevos mandarines* (1974) y *La Tribada falsaria* (1980). Después de su muerte aparecieron *Asklepios. El último griego* (1982); *La tribada confusa* (1984), publicada más tarde junto a su primera parte bajo el título de *Tribada* (1987) y *La fea burguesía* (1990). La aparición de estos libros no corresponde al orden de composición. Algunos de ellos son fruto de sucesivas revisiones, y una decena de manuscritos permanecen todavía inéditos. En función de aspectos formales y cronológicos cabría asociar a *Asklepios* –autobiografía intelectual de un griego exiliado en el tiempo, que muestra la vocación helenística del autor– con *Escuela de mandarines* (compuestos entre 1954 y 1972 con carácter histórico-alegórico). Mientras que *La fea burguesía* y *Tribada* (entre 1971 y 1982) responderían a un modelo compositivo de referencia contemporánea. Ambas tendencias se someten a una sustancial voluntad de extrañación en estructura y lenguaje. En cualquier caso, sin abandonar la poderosa presencia del sujeto narrativo –con tendencia a respaldar la superioridad de sus valores filosóficos– se observa a lo largo de su obra cierto desplazamiento estético desde lo simbólico a lo fenomenológico, a contrapelo de lo ocurrido en la evolución de la narrativa española del medio siglo que fue del social-realismo al experimentalismo subjetivo. Esta engañosa «involución» de Espinosa no significa merma de la riqueza connotativa de un lenguaje literario concebido sin limitaciones temporales, entre claridades clásicas y acumulaciones barrocas, como una aventura de efectos semánticos insospechados, que le gustaba provocar porque los consideraba inseparables de la condición de escritor a sabiendas de que, a veces, sus dichos iban más allá de la propia intención.

Espinosa vivió más atento al perfeccionamiento de su obra que a



FRANCISCO SOLÉ

su suerte en el mercado editorial, sin que por ello renunciara a la difusión de sus libros, ni a cultivar una cierta «mitificación de su vivir» (en apreciación de Mercedes Rodríguez). No es difícil de suponer que si cualquiera de las versiones previas de *Escuela de mandarines* –última en 1972 y editada dos años después– se hubiera publicado a mediados de los sesenta, entre *Tiempo de silencio* y *Señas de identidad*, cuando las expectativas tardofranquistas discurrían aún en los entresótanos de la clandestinidad, Espinosa habría visto facilitada su carrera de escritor o, al menos, habría llegado a los linderos democráticos con una fama cimentada y mayor crédito entre los editores. No fue así. Desconocido en plena madurez, tuvo que peregrinar por diversos despachos editoriales, con su manuscrito bajo el brazo, hasta encontrar al poeta José Batlló –otro raro de memoria imprescindible– y a Amelia Romero, que le hicieron sitio en *Los Libros de la Frontera*.

Escuela de mandarines mereció una docena de reseñas en papeles periódicos con firmas de diverso alcance ideológico: Tierno Galván, Aranguren, Antonio Tovar, Joaquín Marco, Juan Ramón Masoliver y Rafael Conte –entre otros– movilizados para dar fe de un acontecimiento que parecía entre lo político y lo literario. Sin embargo, ni siquiera la concesión del premio Ciudad de Barcelona en 1975 hizo posible una segunda edición en vida del autor.

Escuela de mandarines relata el viaje iniciático, camino alegórico hacia el conocimiento, de un eremita resuelto a combatir a cierta milenaria Feliz Gobernación plagada de mandarines, enmucetados, legos, becarios, gente de estaca y toda suerte de colaboracionistas y participantes. Tres demiurgos simbólicos excitan su curiosidad y le conceden sus dones: el Pueblo, la capacidad de intuir la injusticia y de protestar, el Homínido, la capacidad de amar, y el Tullido la capacidad de avergonzarse. El largo itinerario del Eremita es un arsenal literario de recursos clásicos actualizados: el predominio del diálogo humanístico como mostración reflexiva de la realidad, el motivo del *Homo viator* como prueba de optimismo existencial, humor de estirpe cervantina, incorporación de motivos quijotescos y odiseicos, parodias, gusto por el aforismo, montaje retrospectivo de estructuras concéntricas, fusión de *topoi* orientales y helénicos, hipérbolos temporales extrañadoras, notas a pie de página para mantener vivo el artificio metanovelesco, relato inconcluso que elude la confrontación del protagonista con el Poder... Esta alegoría novelesca, fruto de veinte años en el vientre de la ballena totalitaria, más allá de su contexto originario conserva toda su frescura en virtud de un estilo irrepetible y de la universalidad de su lenguaje, a cubierto de efectos costumbristas envejecedores.

Tribada es novela de motivación inopinada, compuesta en poco

MIGUEL ESPINOSA

tiempo (1978-1981). En ella Espinosa transfiguró un escabroso episodio autobiográfico de carácter pasional en una construcción literaria donde un rico perspectivismo psicológico neutraliza el riesgo maniqueo de la polaridad ética entre el Bien (orden racional) y el Mal (vacío del mero apego a las cosas). La cólera, perplejidad y deseo de venganza del varón herido por el abandono de su amante, la superficial Damiana, para entregarse a una relación lésbica, son neutralizadas epistolariamente por la amorosa Juana, cuya función es la de recuperar el espíritu de Daniel mediante la palabra y el pensamiento. Una estructura asimétrica de tres breves capítulos que narran el hecho desencadenante de la acción, se completa con otro extensísimo de sesenta y dos documentos epistolares que lo comentan reiteradamente desde múltiples voces y puntos de vista. «Comento de comentarios», resumió Gonzalo Sobejano al sugerir el carácter quijotesco de la locura de Daniel. Sólo Damiana adolece de voz propia, objetualizada y demonizada por los comentaristas como banalidad «falsaria» en el vacío de su libertad trivial. Sin embargo, la confusión que sufre en la segunda parte, tras el agotamiento de la relación homófila, suaviza el esquematismo restituyendo al personaje cierto grado de comprensión humanizada.

Esta segunda novela publicada por Espinosa suscitó alguna perplejidad, y menor atención que la anterior. No es extraño que el escritor, como si preparase un trámite testamentario, se preocupara en sus últimos meses de conceder entrevistas y remitir extensas cartas explicativas de su concepción estética a algunos comentaristas de su obra. Aunque había concluido *La tribada confusa* y contaba con propuestas de edición de otros dos libros anteriores recién revisados, *Asklepios* y *La fea burguesía*, su inesperada muerte se produjo sin haber obtenido el reconocimiento crítico deseable. Como suele ocurrir, a partir de este momento se desató el culto espinosista con el respaldo académico y periodístico (Gonzalo Sobejano, Sanz Villanueva, García Posada...) que vino a reforzar el entusiasmo, apasionado y riguroso, de profesores jóvenes como los salmantinos Luis García Jambrina y Fernando R. de la Flor. Monográficos de revistas literarias, el primer estudio en libro de Carmen Escudero, cursos en El Escorial (1989) y en Salamanca (1990), condujeron a la convocatoria del Congreso internacional celebrado en Murcia en noviembre de 1991, donde se debatieron más de cincuenta ponencias.

En aquellos momentos de máxima curiosidad por su obra se publicó *La fea burguesía*, conjunto de cinco seductores relatos, divididos en dos partes —«Clase Media» y «Clase gozante»— donde se satiriza sin concesiones los efectos metamórficos del enriquecimiento, otra ca-

ra del Mal, al que se sacrifican la ternura y la solidaridad humanas. Estas crónicas detalladas de la ascensión social de varios matrimonios, bien por adhesión al Poder, bien por su perfecta integración en la sociedad de mercado, son de raíz socialrealista pero se expresan con el «decir intencionado» que perdura, no con el «hablar documentario» que se reduce pronto a arqueología costumbrista. Particularmente «Clase gozante» es una insólita y desenfadada experiencia de primitivismo narrativo, donde lo moderno del asunto se expresa con la técnica reiterativa de los *exempla* medievales. Con ellas Espinosa alcanza un alto grado de simulación literaria, llena de claves, cuya motivación explícita es la de resistir a las tentaciones del Poder. La escritura que salva moralmente, justifica y determina...

La cuestión previa en toda aproximación crítica a la obra de Espinosa viene pasando inexcusablemente por la dilucidación genérica. Los títulos mencionados ¿son o no verdaderas novelas? Su obra propiamente literaria, que él no vacilaba en considerar novelesca porque entrañaba objetivaciones alegóricas o concretas del mundo, podría definirse también como ensayo narrativo por ser en gran medida literatura de confesión, con fuerte componente autobiográfico, donde lo doctrinal y filosófico se funden con una firme voluntad de estilo. En realidad, esta cuestión de los géneros, aunque ineludible, resulta secundaria en un autor abierto a la experiencia de la escritura con optimismo realista, que cree en el arte como objetivación material del sentir estético. Esta objetivación en la primera fase de su obra responde a una lógica socrático-platónica, o irónico-lírica (muy perceptible en *Asklepios* o en *Escuela de Mandarinés*), para desembocar después en las aludidas prácticas fenomenológicas reforzadas por el distanciamiento satírico (*La fea burguesía*) o en procedimientos mixtos satírico-sublimadores (*Tríbada*).

Al adoptar formas literarias para superar las limitaciones simbolizadoras del discurso histórico de sus inicios, Espinosa recurrió al «extrañamiento» que, a diferencia de la propuesta brechtiana apenas debatida en España hacia 1960, tenía más de hostigamiento moral racionalista que de incitación a una acción política concreta. Espinosa, que no presumía de revolucionario, condenaba desde dentro del sistema, con rigor filosófico, la realidad negativa de la «Feliz Gobernación», trasunto alegórico de la propia sociedad española a los ojos de un lector de 1974, pero se abstenía de arbitrar remedios que no se desprendieran por vía artística de la disconformidad política de su discurso con el mundo testimoniado. El extrañamiento estético en su grado máximo daría lugar al tipo de «novela teológica» cuyo objeto sería una visión global del Mundo, o «última visión de las cosas». Ello explica

MIGUEL ESPINOSA

el subtítulo de *Tribada –Theologiae Tractatus–* en relación con los grados del conocimiento.

Desde luego, el que estas representaciones «extrañadas» adopten formas narrativas no significa acomodo a retóricas de ocasión. La pro-teica escritura de Espinosa, bajo su búsqueda de identidades esenciales, tiene un componente experimental –posvanguardista, en el sentido de que sostiene principios éticos y políticos, recuperando así su compromiso intelectual– que difumina límites de Géneros y, al mismo tiempo, contiene formulaciones de todos ellos.

Difícil de encasillar en grupos o escuelas, no mantuvo relaciones de amistad con los novelistas de su generación. Quizás, al cabo del tiempo, la evolución de Sánchez Ferlosio se aproximara a la suya en la propensión a la literatura filosófica, el gusto por la imaginación parabólica y la reducción de la anécdota narrativa. Pero Espinosa no se sintió atraído por el objetivismo conductista que despuntaba en la narrativa de los años cincuenta. En un estudio reciente, J. I. Moraza –*M. E., poder, marginalidad y lenguaje–* ha indicado coincidencias específicas en el gusto por lo alegórico con algunas obras de Pedro Sánchez Paredes, Carlos Rojas e, incluso, ha sugerido puntos de contacto con el grupo de novelistas metafísicos respaldado por *La Estafeta Literaria* en 1961 para neutralizar la boga social-realista. Sin embargo Espinosa, a pesar de su voluntad universalizadora nada costumbrista, ni siquiera merece una mención del impulsor de dicho movimiento, Manuel García Viñó, en su canónico estudio *La novela española desde 1939. Historia de una impostura* (1994). Al margen de que el escritor murciano no se adhiriera nunca a estrategias interesadas de la sociedad literaria, a mi parecer, nada más lejos de su motivación que un compromiso de ambigua raíz religiosa. Su fe es la razón que ordena las conductas hacia el Bien. Su Dios es principio de vida, orden racional y filantrópico. Lo divino es la inteligencia humana. Por ello el platónico Espinosa transigía con el marxismo «excarcelante» de su amigo y personaje Antonio Abellán. El aquí y el allá se integran en su obra sin desgarros trascendentes. La muerte se contempla desde esta ribera, como hecho natural que sirve para medir el grado de piedad, ternura o conciencia moral de los supervivientes, como ocurre en *La Fea burguesía*. Su esencialismo –la afirmación del Espíritu extrañado o desterrado en el tiempo– se define en la materialidad del lenguaje literario. De ahí que descalificara ciertas técnicas reductivas de la llamada novela social, como la caracterización del habla de los obreros al modo sainetesco que ocultaba la verdadera realidad de los personajes. Espinosa evitaba modismos porque así creía preservar mejor su obra para la posteridad. El resultado literario antes que metafísico es

un estilo sencillamente clásico, pero en ningún caso desviación del compromiso testimonial, indicador de las imperfecciones morales, sociales y políticas que conforman su idea del Mal y del Mundo.

Establecidas las grandes líneas valorativas, durante el último decenio la obra de Espinosa se ha consolidado en el canon narrativo de la segunda mitad del XX, ha visto aparecer un emotivo libro que recoge el testimonio íntimo de su hijo Juan, y tres extensas monografías. Especialmente recomendable, el libro de Luis García Jambrina *La vuelta al Logos* contiene las claves ideológicas, biográficas y literarias para adentrarse en la lectura de Espinosa, así como un imprescindible apéndice de Mercedes Rodríguez, «Un talante eludido», con su visión privilegiada del escritor. Por otro lado, acaso el culto espinosista esté comenzando a secularizarse con la llegada de una nueva promoción crítica más distanciada, a juzgar por los reproches de José Ignacio Moraza a los «comentadores tempranos» cuya excesiva admiración hacia la persona del escritor habría oscurecido ciertas contradicciones y mecanismos narcisistas presentes en su obra. Quizás no pudo ser de otra manera... Pero seguro que sin aquella admiración sostenida incondicionalmente la recepción se hubiera podido malograr en el primer instante.

Hoy ya no es difícil vaticinar que la obra de Espinosa está llamada a ir ampliando su horizonte de expectativas y a vivir por sí misma en virtud de su originalidad formal, sin desdeñar su capacidad de implicación moral, por muy ajeno que esto resulte en un contexto cultural cada vez más habituado al arte de entretener con frivolidad. □

Referencias bibliográficas

Estudios sobre la vida y obra de Miguel Espinosa

- Castillo Gallego, Rubén: *Palabras en el tiempo*. Murcia, Nausicaa, 2002.
- Escudero Martínez, Carmen: *La literatura analítica de Miguel Espinosa. (Una aproximación a «Escuela de Mandarines»)*. Murcia, Consejería de Cultura, Educación y Turismo, 1989.
- Espinosa, Juan: *Miguel Espinosa, mi padre*. Granada, Comares, 1996.
- García Jambrina, Luis: *La vuelta al Logos. Introducción a la narrativa de Miguel Espinosa*. Madrid: Ediciones de la Torre, 1998.
- Jiménez Madrid, Ramón: *Novelistas murcianos actuales*. Murcia, Academia Alfonso X el Sabio, 1982. pp. 129-146.
- López Martí, José: «El mundo como destrucción de la realidad», *Márgenes*, 3. Murcia, 1981/82. pp. 13-24.
- Moraza, José Ignacio: *Miguel Espinosa. Poder, marginalidad y lenguaje*. Kassel, Ed. Reichenberger, 1999.
- Polo, Victorino, coord.: *Miguel Espinosa. Congreso*. Murcia, Editora Regional-V Centenario Comisión Autónoma, 1994.
- Rodríguez García, Mercedes: «Un talante eludido», *Diálogo de la Lengua*, 2. Cuenca, 1993, pp. 67-82.
- Sobejano, Gonzalo: «Comento de comentarios», intr. a *Miguel Espinosa, Tribada. Theologiae Tractatus*. Murcia, 1987 pp. I-XXVI.